

novela, con especial atención a *Parece blanca*, de Abelardo Estorino, y *Santa Cecilia*, de Abilio Estévez.

Por su parte, María del Mar Mañas analiza en “*Cecilia Valdés* en el cine. Tres miradas sobre un mismo personaje” las tres versiones cinematográficas realizadas en torno a la novela de Villaverde: *María de la O*, dirigida por Adolfo Pérez Bustamante en 1947; *Cecilia Valdés*, dirigida por Jaime Sant-Andrews en 1949, y la versión más reciente, realizada por Humberto Solás en 1982, *Cecilia*. Hace asimismo referencia a la versión de dibujos animados, el cortometraje *Nostalgia cubana*, de Tony Nordase, y que es analizada en el estudio de Almudena Mejías Alonso.

El campo de la pintura es analizado por Beatriz Hoyo Zapata en el capítulo titulado “La irrealidad cubana en la pintura: Víctor Patricio Landaluze, único retratista del negro”. En este capítulo se recuerda la figura de Landaluze y las producciones realizadas por el pintor cubano del siglo XIX en torno a la vida de la población negra de la isla. Análisis del mundo del esclavo en imágenes que Villaverde trasladaría en paralelo al campo de las palabras.

La última expresión artística analizada es la música, estando el estudio a cargo de Marta Rodríguez Cuervo en el capítulo “*Cecilia Valdés* y la música. Una reseña analítica”. En él, la especialista musical analiza pormenorizadamente la zarzuela de Gonzalo Roig, *Cecilia Valdés*, estrenada en La Habana en 1932.

Se cierra el volumen con una entrevista a Alina Sánchez, la soprano cubana que pusiera su voz a la *Cecilia Valdés* del maestro Roig y a la *María de la O* de Ernesto Lecuona en la década del 60. El colofón es la “Aproximación a una bibliografía sobre *Cecilia Valdés*” realizada por Yolanda Clemente San Román.

Evangelina SOLTERO SÁNCHEZ  
*Universidad Complutense de Madrid*

BRESCIA, Pablo (coord.). *La estética de lo mínimo. Ensayos sobre microrrelatos mexicanos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2013, 168 pp.

BRESCIA, Pablo (coord.). *Cortázar sampleado. 32 lecturas iberoamericanas*. México: Librosampleados, 2014, 240 pp.

Estos dos libros, aparecidos con apenas un año de distancia, son compilaciones de textos críticos agrupados por el escritor, crítico literario y profesor argentino Pablo Brescia. Ambos pretenden –y logran– indagar de manera lúcida en cada uno de los temas que los articulan: en el primer caso, se considera el desarrollo de la minificción en México (minirrelatos, minicuentos: se trata aún de una denominación fluctuante); en el segundo, se examina la obra y la permanencia de Julio Cortázar (y su obra). Cada uno de los libros cuenta con propósitos diferentes: mientras *La estética de lo mínimo* se encarga de abordar desde variadas

perspectivas y con un tono lindante con el académico, un (sub)género literario que presenta un desarrollo sostenido e incesante en el ámbito mexicano; *Cortázar sampleado* relee y considera desde aproximaciones sumamente personales, cercanas a la autobiografía o, en ocasiones, al relato de tono intimista, la obra de un clásico de las letras latinoamericanas. O mejor dicho, *Cortázar...* presenta, al menos en cierta medida y hasta donde su extensión se lo permite, revisiones (en el doble sentido de revisar y rever) y nuevas exploraciones respecto de la obra de Julio Cortázar, una obra que –con mayor o menor entusiasmo– continúa generando hasta el día de hoy, a cien años de su nacimiento y treinta de su muerte, nuevas lecturas.

Luego de recorrer las páginas de *Estética de lo mínimo*, el lector es dominado por una convicción: el desarrollo del género de los microrrelatos tuvo y tiene en territorio mexicano, desde hace al menos medio siglo, un desarrollo sostenido y fructífero. Prueba de ello es la cantidad de antologías y títulos de autor único que han proliferado en los últimos años y que aparecen mencionados en la completa bibliografía que Juan Perucho presenta en el último apartado del libro, el que compone la cuarta sección. Prueba de ello es, también, la cantidad de producción crítica que se ha dedicado a analizar el género desde diferentes perspectivas. Prueba de ello es, finalmente, el propio libro que presentamos.

Los diversos artículos funcionan a la manera de las piezas de un rompecabezas que, ordenadas o dispuestas con determinado criterio, permiten reconstruir una figura que de otra forma permanecería en tinieblas y esbozar, además, los contornos de un territorio, el de los microrrelatos o minificciones escritas en México, que puede ser reorganizado a partir de las contribuciones críticas presentes en el libro; permiten, también, historizar el género.

En ese sentido, se traza, en las cuatro secciones que componen el volumen, un horizonte de conjunto desde miradas disímiles. “Macromicros, perspectivas plurales”, la primera sección, incluye los artículos de Gerardo Cruz, Cándida Elizabeth Vivero Marín y Lauro Zavala –un precursor en el estudio de minificciones. Los tres bosquejan visiones panorámicas: Cruz lo hace en función del análisis del pasaje de la publicación de las minificciones en periódicos o publicaciones electrónicas hasta su ingreso al formato libro, y analiza, en especial, los dispositivos paratextuales. Vivero Marín traza una genealogía de escritoras mexicanas que produjeron microrrelatos y destaca un rasgo común a los textos que componen el *corpus* que rastrea: el hecho de que autoras contemporáneas como Guadalupe Ángeles, Sofía Ramírez, Socorro Venegas y Cecilia Eudave presenten menciones incesantes a lo ominoso y a la infancia, menciones que ya estaban presentes en sus predecesoras. Finalmente, Zavala sistematiza a un grupo de autores mexicanos contemporáneos (Rogelio Guedea, Guillermo Fadanelli, Mónica Lavín, Luis Bernardo Pérez y Óscar de la Borbolla). El eje que los vincula es la reflexión que –en opinión del propio Zavala– efectúan en torno a la experiencia cotidiana y a la experiencia de escritura y que acerca a estos relatos a la reflexión filosófica (y los aleja de la narratividad).

La segunda sección, “Un mini, el precursor” de María Guadalupe Sánchez Robles, está compuesta por un único artículo dedicado a una obra en especial: *De fusilamientos* (1940) de Julio Torri. La finalidad del texto es doble: exponer la poética personal del autor y presentarlo, además, como un precursor del género en territorio mexicano a partir de la publicación de esa obra.

La tercera, “Minimexicanos: escritores y escritoras de minificción”, está integrada por siete artículos en los que se analiza la obras de otros tantos escritores: los mexicanos Alberto Chimal, Ana Clavel, Óscar de la Borbolla, Cecilia Eudave, Luis Felipe Hernández, Guillermo Samperio y José Luis Zárate. Las obras abordadas fueron escritas entre la última década del siglo XX y, de forma mayoritaria, la primera del siglo XXI, por lo que el análisis presenta una envidiable actualidad. Además de indagar en las diferentes poéticas de cada uno de los autores, es posible postular, a partir de esos siete textos, algunos rasgos comunes a los microrrelatos contemporáneos: brevedad, intensidad, enigma, uso de la intertextualidad, una activa participación del lector para completar el sentido de los relatos, ambigüedad... A la cuarta sección ya hicimos referencia en líneas anteriores.

La búsqueda de una cierta uniformidad genérica y el reconocimiento de la diferenciación a partir de la figura autoral parecen ser dos categorías que permiten que los análisis avancen: enfoques críticos que parten de orientaciones determinadas, pero que, a su vez, no pretenden subsumir al objeto bajo el peso de la teoría. En este sentido, mientras que algunos de los textos críticos buscan la postulación de regularidades que permitan establecer una poética del género, otros – fundamentalmente los de la tercera parte– rescatan la individualidad de los escritores analizados.

El segundo libro coordinado por Brescia, *Cortázar sampleado*, recorre otros caminos, transita otras formas de interrogación respecto de su objeto. En primer término, no parte de una convicción –el de la actualidad de un género–, sino que comienza con un interrogante implícito: ¿tiene vigencia hoy, en 2014, la obra de Cortázar? En segundo lugar, su título genera cierta curiosidad, específicamente, a partir del adjetivo que acompaña al nombre: un *sampler* es un instrumento musical electrónico que en lugar de reproducir sonidos propios, los toma de fuentes ajenas y los reproduce. ¿Un grabador? Sí y no. Sí, en tanto plagia los sonidos del mundo; no, en cuanto esos sonidos pueden ser absorbidos, asimilados y transformados mediante otro instrumento: un teclado o un sintetizador. En este sentido, el título es exacto: quienes efectuaron aportes al libro, nacidos en Hispanoamérica (desde Argentina a México, desde Brasil a España) y escritores de ficción en su gran mayoría, abordan la figura de Cortázar a través de distintas escrituras que abarcan el ensayo, la anécdota, la crónica, la narración autobiográfica. Los textos, alejados del *paper* o de la comunicación institucional, funcionan a la manera de una caja de resonancia en la que no todo suena por igual, y en la que junto a la obra analizada resuena la propia vida del crítico. Así, en *Cortázar...* parece actualizarse una teoría de otro

escritor argentino contemporáneo, Ricardo Piglia, quien en *Crítica y ficción* propuso a la crítica literaria como una forma de autobiografía y al crítico como ese personaje que reconstruye su vida en el interior de los textos que lee. Esa caja permite, además, destacar –según el autor del que se trate y en consonancia con sus gustos personales– algunas zonas de la obra y silenciar otras: el mexicano Alberto Chimal recupera un cuento de Cortázar muchas veces olvidado: “Instrucciones para John Howell”, mientras que el peruano Diego Trelles Paz rescata “Deshoras” y la argentina Gabriela Vidal, *Prosa del observatorio*. Permite, también, presentar diversos modos de apropiación de la obra del escritor argentino, leerlo desde una mirada personal y renovadora, lejos de exámenes esclerosados o fiscalizados por el influjo del canon.

Brescia agrupa los trabajos en torno a cinco ejes. De esa forma, entre los dos textos que marcan el comienzo (una orientadora introducción a cargo del propio compilador y de “Cortázar forastero”, de Andrés Neuman), y el imperdible Póslago de Fabian Casas (“Tarde en la noche, viendo a Cortázar”), se agrupan “Animales”, “Bibliotecas”, “Flujos”, “Poéticas políticas/Políticas poéticas” e “Instrucciones”, etiquetas que inmediatamente, al menos para el lector que mínimamente haya transitado la obra y las posiciones personales de Cortázar, operan como indicadores de un recorrido, de visitas por diferentes sectores de su trabajo y de sus colocaciones sociales.

Pero el libro no sólo transita la obra, sino que la vertiente autobiográfica a la que aludimos se hace presente de forma recurrente y atraviesa los trabajos: los lugares en que los textos de Cortázar fueron leídos, con quién y en qué circunstancias, las impresiones que provocaron, los recuerdos que persisten y los que son recuperados a partir de la relectura, es decir, los contextos personales, familiares e íntimos de la lectura, del encuentro primero, reiterado o del reencuentro, pueblan diferentes páginas del libro. Lo transforman, además en un diálogo cercano, introspectivo, cariñoso con el autor, lejos, en general, del discurso académico –academicista, que tantas veces transforma al objeto de estudio en un ente a diseccionar–, aunque el volumen no desdeña, desde luego y como ya anticipamos, la lectura crítica de los textos cortazarianos.

Para finalizar, un dato no menor. Ambos libros comparten, a pesar de la heterogeneidad de voces, algunos elementos comunes que el lector agradece: la amabilidad de una prosa que fluye, la delicadeza crítica.

Martín SOZZI  
*Universidad de Buenos Aires*